

1. Una mentira cualquiera

Me piden que haga memoria de mi vida y yo entiendo que se refieren a mi vida de delincuente. Lo aclaro porque también tengo una vida como víctima.

De acuerdo, a los once o doce años ya atentamos contra un bar, es cierto, pero quiero alegar en mi defensa que yo he sido atracado infinidad de veces.

Os voy a contar mi vida ahora que ya empiezo a darme cuenta de que he abandonado la infancia, de que la voy dejando muy atrás. Os la cuento antes de olvidarla porque sin duda eso va a ocurrir pronto. Cualquiera día de estos me levantaré de la cama y cumpliré quince años. Y eso ya será el fin. A esa edad eres un adulto sin remedio. Seguro que empiezo a degenerar. Empezarán a dolerme los huesos, seguramente veré un poco borroso, me saldrá una barbita y mi memoria iniciará su camino hacia la completa extinción.

Escribir sobre mi vida está chupado mientras la recuerde. Y no me da vergüenza porque en realidad yo ya no soy el mismo. Ese niño del que voy a hablaros me resulta un extraño. Ni siquiera me cae bien. No me reconozco en él y contaros su vida es contaros la vida de otro.

Antes que nada: cuando sea mayor quiero ser niño. A ver, mayor ya soy. Quiero decir: ya soy un hombre, tengo catorce años. Hace tiempo que no soy un niño, al menos cinco meses. Era un niño con ocho, diez o doce años. Entonces me corrijo: cuando sea muy mayor, o viejo, quiero ser niño. Porque, según compruebo, ser adulto es un asco.

La vida de Jorge, como me he llamado hasta ahora, por lo visto le interesa al director del reformatorio. El tipo me obliga a escribirla. Dice que me vendrá muy bien para aclarar mis ideas. Ingresé en este centro hace cuatro días y anteayer me lo propuso. Le dije que ni hablar, que pasaba. Pero me aburro tanto aquí que he cambiado de opinión. Don Jaime, el director, me dijo que se había enterado de que escribir se me da bien. Supongo que se lo habrá dicho mi padre.

—Si escribes —me dijo—, no tendrás que hacer la gimnasia de antes del desayuno.

Creo que Don Jaime espera demasiado de esta parida.

—Pero lo que escriba, ¿lo tiene que leer alguien? —le pregunté.

—No. Sólo si tú quieres.

—No quiero.

—De acuerdo.

Así que aquí me tienen, contándoles mi vida sabiendo que no la van a leer. Es fantástico. No existen ustedes. Yo cuento mi vida como me da la gana y me invento unos lectores para ella. Como no son ustedes personas reales, les puedo contar mentiras. Puedo contarme mentiras a mí mismo. Contar mentiras es inevitable si eres niño. Yo soy bastante bueno mintiendo, solo tengo que poner cara de santo y soltar cualquier frase tímidamente. Ahora que soy mayor creo que miento menos, aunque no creo que pueda sobrevivir al mundo adulto sin mentir el resto de mi vida.

Mentir es un poco estresante. Deberíamos poder hacer un trato con Dios.

—Padre Dios: nos toca hacernos adultos, lo cual es una mierda. Estamos obligados a mentir para salvar el cuello toda la vida. Mentimos de niños y de viejos. ¿Qué te pa-

rece si al hacernos mayores, ya que nos toca perder la memoria y quedarnos ciegos, nos convertimos para compensar en una clase de niños diferente, en unos niños incapaces de mentir?

Una de mis mentiras más cerdas: cuando me gasté veinticinco pesetas sin permiso y, cuando mi madre vio que me faltaba el dinero, le dije que me lo habían robado en el colegio.

—¿Quién te lo ha robado?

—No sé como se llama, es uno de Tercero.

—Pues hablaré con Martorell.

Martorell era la subdirectora. Mi madre habló, claro, y un día la señorita Elvira me llevó por las clases de Tercero y me hizo pasar revista a todos los niños, que se pusieron de pie al lado de su pupitre. En la primera clase dije que allí no estaba mi ladrón. En la segunda escogí a uno al azar. Era moreno, de pelo liso, y alto. Lo tuve que señalar con el dedo. Estaba en segunda fila y puso tal cara de sorpresa cuando se vio acusado que me arrepentí al instante. Se le hundió la cabeza entre los hombros mientras se puso una mano en el pecho para ver si notaba dentro, aun latiendo, su corazón.

Así es el mundo de los mayores. Nos obligan a mentir y luego encima te empujan a hacer algo peor: chivarte. Y chivarte mintiendo una segunda vez. ¿Qué culpa tengo de que mi madre no me dejara comprarme un perrito caliente en el colegio a la hora del recreo? ¡No haberme dado dinero si no me lo puedo gastar en lo que quiera! ¿Qué culpa tengo yo de que los perritos del colegio estén tan buenos? Son tan ricos, se deshacen en la lengua. Esas salchichas casi parecen de puré. Mentimos porque nos obligan. El mundo nos obliga a desear, pero si atendemos a

los deseos somos castigados. A mí aquel niño de Tercero no me robó veinticinco pesetas, pero me las robó alguien. Me las robó el bar del colegio. Seguro que ese perrito cuesta una peseta en realidad. El bar con sus chuches me roba dinero o me roba la libertad, pues me hace esclavo del deseo del perrito caliente, o de la CocaCola o de los tronquitos.

El mundo nos roba y nos enseña a robar. Y si uno aprende rápido, como es mi caso, acaba encerrado en un lugar como este escribiendo su vida.

El mundo. Ya lo dice la canción. Yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así, porque nadie me ha tratado con amor, porque nadie me ha querido comprender. Eso dice la canción pero yo no lo comparto. Yo no soy rebelde, soy un delincuente, que es otra cosa. Un rebelde es solo alguien que sueña con ser delincuente. Yo nunca lo he soñado. De repente he descubierto, bueno, han descubierto, han decidido que lo soy. No soy rebelde pero el mundo me ha hecho así, delincuente o lo que sea. Pensemos en esa canción. ¿Nadie me ha tratado con amor? Sí, claro, mi abuela. Mi madre a veces, pero eso no cuenta. Hay un amor distinto en algún sitio, algo impresionante, que solo intuyo y que he deseado, y que no he podido alcanzar. Si no consigues ese sueño puede que te vuelvas loco y empieces a hacer cosas que son delito, sin saberlo y sin buscarlo. ¿Nadie me ha querido comprender? No lo sé ni me importa. Para empezar no he buscado que nadie me comprenda, me he tragado mis problemas. No he querido que nadie me ayude o me compadezca. Si he llorado alguna vez nadie se ha enterado. Si he querido matar a alguien alguna vez, tampoco. ¿El mundo me ha hecho así? ¿Así

cómo? ¿Cómo soy? Rebelde ya he dicho que no. ¿Cómo soy? Creo que eso es lo que quiere Don Jaime que me pregunte. Pero eso es mirarme el ombligo, ¿no? Me da pereza.

—No, te da miedo —me dijo Don Jaime.

¡Una mierda me da miedo! Ahora se va a enterar del poco miedo que me da, cuando le enseñe este cuaderno. Hasta puede que le deje leerlo.